EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 26. TOMO II.—LUNES 11 DE AGOSTO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Pio VII, por A.—El hermano de la mar, capítulo XI, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—Oracion inaugural leida en el Liceo, por su primer consiliario D. Patricio de la Escosura.—Recuerdos de Aranjuez, por D. Miguel Agustin Príncipe.—Sucesos contemporáneos.

BIOGRAFIA.

PIO VII.

Gregorio Bernabé Chiaramonte nació en Cesena á 14 de agosto de 1740. Su noble familia tenia algunas relaciones de parentesco con Pio VI. Entró en la congregacion del Monte Casino, que observa la regla de San Benito, y en aquella esplicó teología por algunos años, adquiriendo una gran reputacion por sus virtudes y su instruccion. Pio VI lo nombró obispo de Tívoli, y posteriormente lo elevó á la dignidad de cardenal, trasladándole al obispado de Imola. Durante las agitaciones de Italia se condujo con mucha circunspeccion, y mereció el respeto de los vencedores. Muerto Pio VI fué elegido papa en 14 de mayo de 1800 y tomó el nombre de Pio VII, en memoria de su ilustre predecesor.

Fijó su atencion particularmente en la situacion de la iglesia. Dirigió á todos los obispos católicos una circular, participándoles su advenimiento á la santa Sede. Nombró ministros y verificó varias promociones: dictó diferentes disposiciones en favor de la clase indigente. Respecto de los bienes eclesiásticos, que habian sido vendidos durante la breve existencia de la república romana, transigió con los nuevos compradores, consultando el interés de éstos, que en vez de esperimentar perjuicios, obtuvieron enormes ganancias. Ejemplo de verdadera moderacion, redujo el gasto de su casa á lo que era absolutamente indispensable: su mesa era la de un simple religioso.

Mandó restaurar los antiguos monumentos, procurando hacerlo sin que nada costase al Estado. Habiendo perdido las legaciones de Bolonia, Ferrara y Rávena, que le habia quitado la Francia para au-

mentar el territorio de la nueva república que acababa de organizar, se hallaba á merced de un conquistador ambicioso. Esta circunstancia, y mas todavía la esperanza de poner un término á las turbaciones de la iglesia, atendiendo á los intereses de la religion en un estenso territorio, lo obligaron á contestar al primer cónsul, que mostraba desear, que cesasen en Francia las disensiones religiosas. Con este objeto, en octubre del año de 800, envió á París á Espina, arzobispo de Corinto, para entablar negociaciones que produjesen el arreglo de las cosas espirituales. En 15 de julio del año siguiente se celebró una convencion entre el soberano pontífice y el primer cónsul; pero diversos incidentes retardaron su publicacion. Entonces Pio VII dirigió un Breve á todos los obispos de Francia, declarándoles que la conservacion de la unidad y el restablecimiento de la religion católica en Francia, exigian que diesen su dimision. Los mas la dieron, contestando otros en términos, mas bien dilatorios que negativos; pero la necesidad urgente de que terminase el cisma, de que cesase una persecucion declarada, y de que se alzase la religion de entre sus ruinas, ¿no autorizaban al papa para separarse de las reglas ordinarias, desplegando un poder proporcionado á la grandeza de los males que afligian á la iglesia? Así lo juzgó la córte de Roma.

En 5 de abril de 1802, se publicaron las cláusulas de la convencion celebrada entre la santa Sede y el gobierno francés. Este concordato fué presentado al cuerpo legislativo convocado al efecto, y en 18 del mismo mes fué aprobado. Sus principales cláusulas se reducen á que la religion católica, apostólica, romana podria observarse libremente en Francia; que se haria una nueva circunscripcion de diócesis; que los arzobispos y obispos serian nombrados por el primer cónsul, é instituidos canónicamente por el papa; que todas las iglesias no enajenadas y que fueren necesarias al culto, volverian á disposicion de los obispos, y que el gobierno aseguraria á estos y á los curas la conveniente retribucion. Inmediatamente despues del concordato, hizo el gobierno que el cuerpo legislativo adoptase *artículos orgánicos* que comprendian disposiciones relativas al ejercicio del culto, y que ponian enteramente la iglesia bajo la dependencia del gobierno. El papa se quejó, y anunció á los cardenales reunidos en consistorio en una alocucion que les dirigió, que habia solicitado la variacion ó modificacion de aquellos artículos, como opuestos á la disciplina de la iglesia, y redactados sin su conocimiento y cooperacion. Sin embargo, el concordato que se hallaba revestido de las formas prescritas para ser ley del Estado, fué puesto en ejecucion, dando principio á sus funciones el cardenal legado de la santa Sede. Bonaparte que queria atraer al papa á París, para que lo consagrase, mostraba querer hacer algunas concesiones en favor de la religion; y aunque no se hubiese al principio obligado á mantener un cabildo en cada iglesia catedral, asignó fondos para este objeto. Esta disposicion y otras, consideradas como el principio del restablecimiento de la religion en Francia, decidieron á Pio VII á emprender su viaje á París, lo que sin embargo no resolvió sino despues de oir el dictámen de su consejo, y de haber dirigido á los estados católicos una alocucion, en que esponia los motivos y las esperanzas de su viaje. En 2 de noviembre de 1804 salió de Roma, y llegó á Fontainebleau el 25 del mismo mes. El emperador salió á recibirlo, y el 28 entró en París, donde se le presentaron todos los cuerpos del Estado. Los obispos de Francia, que se hallaban reunidos en aquella ciudad, fueron á ofrecerle sus respetos. Para los constitucionales que no se habian retractado, y que habian anunciado con ostentacion que persistian en los mismos sentimientos, se estendió una fórmula de sumision que suscribieron todos, menos Saurine, obispo de Strasburgo. Lecoz, arzobispo de Besanzon, se negó al principio, pero al dia siguiente fué á arrojarse á los pies del pontífice, protestando ante éste su completa obediencia. Estos hechos sin embargo, han dado orígen á disputas. Pio VII se ocupó desde luego en cuanto reclamaban las necesidades de la religion, la libertad del ministerio pastoral y la supresion de muchos de los *artículos orgánicos*. Querian algunos cardenales que se aprovechase esta circunstancia para reclamar la restitucion de las tres legaciones, que se le habian quitado al papa por el tratado de Tolentino; pero el virtuoso y desinteresado pontífice, no queriendo mezclar los intereses temporales con los espirituales de la religion, se limitó á solicitar aquellas disposiciones que podian reparar los males pasados, y restituir á la iglesia galicana su antiguo lustre.

Visitó muchas iglesias de la capital, donde su presencia atraia siempre una multitud inmensa de gentes, que no se cansaban de admirar al venerable anciano, cuya dignidad se igualaba con la dulzura de sus palabras, y cuya piedad aumentaba el respeto debido á su carácter. Accesible á todos, se complacia en satisfacer á cuantos se le presentaban. A todos dirigia sus bendiciones, y en particular á los niños, imitando en esto á aquel de quien era vicario. En fin, no omitia nada de cuanto pudiese fortificar la piedad de los fieles, y en efecto la presencia, las virtudes y la caridad del jefe supremo de la Iglesia, reanimaron el fervor de los débiles, disminuyeron las preocupaciones de los espíritus fuertes, y escitaron la admiracion de todos. Salió de París el 4 de abril. Hasta el momento de marchar estuvo solicitando las ventajas que se le habia hecho esperar; pero no tuvo el consuelo de recoger el fruto de sus sacrificios. Bonaparte se limitó á asignar algunos fondos demas para el clero, y á consentir el restablecimiento de las misiones estranjeras, de los sacerdotes de san Lázaro, y de las hermanas de la caridad. El 16 de mayo entró en Roma, donde el pueblo con fiestas y regocijos manifestó la satisfaccion que le causaba la vuelta de su soberano. No habian pasado seis meses de haber salido de Francia, cuando las tropas francesas se apoderaron de Ancona y su fortaleza. El papa pidió esplicaciones acerca de este hecho; pero no recibió ninguna respuesta satisfactoria. Escribió él mismo á Bonaparte quién le contestó que habia ocupado á Ancona como protector de la santa Sede, para impedir que esta plaza fuese presa de los *griegos* y los *musulmanes*. Esta respuesta irrisoria descubria al papa que el emperador habia ya olvidado el servicio eminente que le habia prestado, dejando sus estados para ir á coronarlo, á pesar de todas las razones que habia en contra. El soberano pontífice no esperimentó mas que injusticias y vejaciones. Tropas estranjeras atravesaban sus estados en todas direcciones, manteniéndose á espensas de sus habitantes y de la cámara apostólica. Se apoderaban en Italia de los bienes eclesiásticos que se ponian en venta, y se suprimian monasterios sin su conocimiento. Las reclamaciones que con este motivo dirigió, no fueron atendidas; y por consiguiente dejó de espedir bulas para los obispos de Italia. Napoleon por su parte se apoderó de los principados de Benevento y Pontecorvo, bajo el pretesto frívolo de que eran objeto de disputas entre la córte de Roma y la de Nápoles, como si fuese permitido á un tercero apoderarse de lo que dos disputaban. Napoleon queria que el papa cerrase sus puertos á los ingleses, que les declarase guerra, y que hiciese con la Francia una liga ofensiva y defensiva; pero el soberano pontífice representó manifestando que por deber y por inclinacion, le convenia permanecer neutral en las guerras de Europa. Ofreció por otra parte cuanto fuese conciliable con su dignidad y los intereses de la iglesia. Bonaparte consideró como un crímen las relaciones del papa con la casa de Austria, y el interés que conservaba á Fernando IV.

El 2 de febrero de 1808 dió órden á sus tropas de marchar sobre Roma, aparentando que no harian mas que atravesar el territorio pontificio para pasar á Nápoles; pero apenas entraron, desarmaron á la guardia, se apoderaron del castillo de Santangelo, y obligaron al papa á que eligiese nuevos ministros. El 17 de mayo de 1809 declaró Bonaparte, que todos los estados del papa correspondian al imperio francés. Pio VII protestó entonces contra esta espoliacion de sus dominios, renunciando la pension que se le ofrecia por la pérdida de estos. Al mismo tiempo fulminó una bula de escomunion contra los autores, fautores y ejecutores de las violencias ejercidas contra su persona y la santa Sede. En esta bula recapitulaba los agravios y atentados que habia esperimentado. Pero por un resto de consideracion, se abstenia de nombrar al autor de sus males. Bonaparte lo hizo arrancar de su habitacion por medio de gendarmas el 6 de julio á la una de la noche, y conducirlo en un carruaje cerrado, con toda la dureza imaginable, atravesando la Italia hasta Grenoble, desde donde pasó á Savona, siendo en esta encerrado durante algun tiempo como un prisionero de Estado, sin tener permiso para escribir ni hablar con nadie. No se libraron los cardenales de la persecucion suscitada contra su jefe. La mayor parte de ellos se habian visto obligados á dejar á Roma: los que permanecian en esta ciudad en el momento de la prision de Pio VII, salieron de la misma sucesivamente. Cuando se verificó la primera invasion de Roma en 1798, se dejó á los cardenales la libertad de marcharse á donde quisiesen, facilitándoseles de este modo, que pudiesen reunirse en Venecia despues de la muerte de Pio VI. Pero Napoleon creyó ser mas diestro y hábil reuniendo todos los cardenales á su vista: los hizo ir á París, á fin de dominarlos mas fácilmente y de no tener que temer su conducta en caso de que vacase la santa Sede. No quedaron en Italia sino los que por su edad y achaques se hallaban imposibilitados de hacer tan largo camino; y hubo la precaucion de tenerlos separados unos de otros en diferentes y distantes ciudades.

Los archivos romanos fueron trasladados á París, y lo mismo los ornamentos de la dignidad pontificia y el anillo del Pescador, que fué custodiado como un trofeo. No pudiendo las amenazas y malos tratamientos conseguir del papa que otorgase las concesiones que de él se exigian, le ofreció Bonaparte una casa ricamente amueblada, trenes brillantes, y cien mil francos de renta mensual; pero el pontífice, retirado en una modesta habitacion, y manteniéndose de frutas y legumbres, declaró á los enviados del emperador, que nada aceptaria de él, y que la caridad de los fieles bastaba á sus necesidades, y á las de las personas que lo acompañaban en su cautiverio. Fué preciso discurrir otros medios de vencer esta heróica resignacion, que en la corte de Bonaparte se calificaba de increible obstinacion. Al efecto se dispuso lo siguiente: el 25 de marzo de 1810 se hizo que 19 obispos que se hallaban en París le escribiesen una carta que aparentaba tener por objeto solicitar poderes estraordinarios relativos á las dispensas; pero en ella se insertaban quejas sobre la vacante de las diócesis, y al mismo tiempo instancias para hacerla cesar; entre otras se leia la siguiente: «¿Querriais, Santísimo Padre, abandonar la iglesia de Francia á sí misma, rehusando darle los obispos que reclama, y reducirla de este modo á la triste necesidad y deplorable extremo de discutir los medios de proveer á su propia conservacion?» Se esperaba inclinarle por este medio á que proveyese las sillas vacantes; pero el Santo Padre no se engañó sobre el objeto de esta tentativa. Tuvo, sin embargo, la bondad de responder á cada uno de los obispos firmantes, y les concedió los poderes estraordinarios que pedian; pero no hizo mencion de la intempestiva conclusion de la carta. El dia 9 de mayo de 1811, fueron á presentarse al papa otros obispos; pero su comision fué tambien infructuosa. Pretendióse no obstante, que en el gabinete del Pontífice se habia redactado una nota, y que en cierto modo habia sido dictada por él, en la que consentia añadir al concordato una cláusula que dijera, que espediria las bulas en el término de seis meses, y que en caso de no expedirlas en este plazo, por otras razones que no fuesen la indignidad de las personas, investiria con el poder de conferirlas al metropolitano ó al obispo mas antiguo. Esta nota no podia pasar á lo mas sino por un proyecto. Hízose sin embargo uso de ella en un concilio, que se abrió el 17 de junio por órden del emperador, *para deliberar sobre los medios de prevenir los graves inconvenientes de la vacante demasiado larga de las diócesis*; pero tal concilio ningun resultado produjo. La firmeza de algunos obispos en estremo adictos á la Santa Sede, triunfó de las amenazas y de las intrigas de Bonaparte. Irritado éste al ver que el proyecto que habia hecho presentar se habia malogrado, dió el 10 de julio un decreto para disolver el concilio: este fué disuelto aquella misma tarde, y los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes, que le habian sido los mas contrarios, fueron arrestados en sus domicilios y encerrados en el castillo de Vicennes, en donde se les puso en la mas rigorosa incomunicacion. Bonaparte en su cólera, quiso segun se dice, des-

hacerse del papa y de los obispos, y hacer espedir por el cuerpo legislativo una ley para arreglar el modo de instituir los obispos; pero los prelados que honraba con sus favores, le apartaron de este propósito y le aconsejaron que reuniese de nuevo los individuos del concilio, los que aterrados con el castigo que acababa de imponer á los que le habian sido mas opuestos, sancionarian sin duda el proyecto que habia sido desechado. Esta combinacion tuvo éxito feliz. Se habia tomado, á la verdad, la precaucion de dejar partir á los obispos, cuya reunion se temia; lo que era una nueva brecha en la integridad del concilio, pero esto importaba poco con tal que se llegase al objeto que se deseaba. El decreto obtenido fué llevado á Savona, por una diputacion de nueve prelados, para pedir la sancion del papa; pero todas las negociaciones fueron interrumpidas de nuevo. Este venerable pontífice, cuya firmeza no se conseguia abatir, fué trasladado el 20 de junio de 1812 á Fontainebleau, en donde se tentaron otra vez todos los medios para obligarle á los sacrificios que de él se exigian. Bonaparte en persona fué á avistarse con Su Santidad, el dia 19 de enero de 1813, y le solicitó que concluyera un nuevo tratado. Durante muchos dias tuvieron lugar negociaciones, en las que se dice que el déspota se dejó arrastrar mas de una vez de los arrebatos de la cólera; no obstante, es falso que se entregase á los actos sacrílegos de que se le ha acusado. Sitiado el papa por solicitudes, y apremiado vivamente por personas que le dejaban ignorar el estado verdadero de las cosas, se decidió el 25 de enero á firmar los artículos que debian servir de base á un concordato futuro. Estos artículos que eran con corta diferencia los mismos que los propuestos en 1811, fueron presentados al cuerpo legislativo por el emperador, aunque este se obligó á no darles ninguna publicidad, hasta que estuviesen definitivamente decretadas las condiciones. Desde el momento de la firma de estos artículos, el soberano Pontífice gozó de mas libertad. Se permitió verle y hablarle; se le devolvieron muchos cardenales que habian sido desterrados; los obispos franceses tuvieron órden de dirigirse á Fontainebleau para saludarle, se le dejó comunicar libremente con las personas de fuera, y se vió una gran concurrencia de fieles que se agolpaba para oir su misa y recibir su bendicion. Se anhelaba ver á este augusto prisionero, y se acudia desde París y los países cercanos para rendirle homenajes, pedirle gracias espirituales, y admirar su paciencia, su dulzura y piedad. Este concurso duró algunos meses, y quizá no fué esto lo que menos irritó á Napoleon, pues veia con disgusto que las desgracias del jefe de la Iglesia, lejos de disminuir el respeto de los pueblos, solo habian servido para aumentarlo, y que se le mostraba mas interés, celo y adhesion durante su cautiverio. Viendo Pio VII, que no se cumplian las promesas que se le habian hecho; que muchos obispos y eclesiásticos permanecian presos ó desterrados, que no se le restablecia ni en su autoridad espiritual ni en sus derechos temporales, retractó las concesiones del 25 de enero, y dirigió un breve en este sentido á Bonaparte, el que le hizo encerrar de nuevo y privarle de toda comunicacion esterior. Prohibióse á los cardenales hablarle de los asuntos de la iglesia, y estaban custodiados, espiados y molestados de mil maneras. De este modo el Santo Padre, volvió con corta diferencia á la misma situacion en que se encontraba en Savona. Roma y toda Italia continuaron siendo presa de la opresion, y la iglesia de Francia vió otra vez en este año suscitarse en su seno nuevas discordias. Estas hubieran podido tener las consecuencias mas funestas para la religion, sin los acontecimientos políticos que no tardaron en sobrevenir. Amenazado el emperador por todos lados por la coalicion europea, se decidió á poner al papa en libertad. Sin embargo, su partida pareció ser una continuacion de malos tratamientos. No se le anunció sino la víspera, y se le hizo marchar solo con una escolta de gendarmas. Como el camino de Lyon estaba entonces muy próximo al teatro de la guerra, se le hizo tomar el de Lenguadoc, la Provenza y el Piamonte. Por todas partes, estallaba con entusiasmo el respecto de los pueblos hácia este ilustre confesor. El 23 de marzo de 1814 en Fiorenzuola cerca de Plasencia, se encontró enteramente libre y en medio de las potencias aliadas. Se le hicieron los mayores honores, y se celebró en la espansion de la alegria, la libertad del jefe de la Iglesia. Entró en su capital despues de un cautiverio de cerca de cinco años, el dia 24 de mayo entre las aclamaciones de todo el pueblo. Al momento abolió todas las innovaciones decretadas por Bonaparte, los diferentes códigos, el estado civil y las nuevas contribuciones. Dirigió su atencion á los establecimientos eclesiásticos que habian sido invadidos, á las fundaciones mas respetables por su objeto que habian sido destruidas, y á los conventos vendidos; devolvió al culto las iglesias que se habian destinado á objetos profanos. Las congregaciones, los colegios, los tribunales, toda la administracion espiritual y temporal habia sido disuelta. En medio de tantas ruinas, el soberano pontífice procedió con aquella prudente lentitud que proporciona los remedios al mal: no se prendió sino á algunas personas culpadas de felonía, ó que en 1809 habian prestado su ministerio para estrañar al papa, se despojó de sus títulos á algunos prelados que se habian convertido en agentes de la tiranía. Se dió órden á todos los que habian tomado parte en la usurpacion, de que se retractasen, y á algunos se les mandó pasar en el retiro un breve plazo. Varios fueron privados de sus beneficios, y otros quedaron en entredicho por un tiempo mas ó menos dilatado. En fin, tal era la indulgencia del pontífice, que poco despues publicó una amnistía por un edicto del 27 de julio. Restableció por medio de una bula de 7 de agosto de 1814, la órden de los jesuitas que ya habia autorizado en Rusia por un breve de 7 de marzo de 1801, y en el reino de Nápoles por otro breve de 31 de julio de 1804. Envió al cardenal Consalvi al congreso de Viena, y obtuvo de los soberanos allí reunidos, la restitucion de las Marcas, del ducado de Benevento, del principado de Ponte-Corvo, y de las de tres legaciones de Bolonia, Rávena y Ferrara, que se habia visto precisado á ceder por el tratado de Tolentino. La invasion de Murat le obligó otra vez á dejar á Roma, y pasó algunos meses en Génova. Posteriormente su reposo se vió momentáneamente turbado por la revolucion napolitana; pero esta fué reprimida al instante. Tuvo que ocuparse de nuevo en los asuntos de la iglesia de Francia, y en 1817 concluyó con Luis XVIII un concordato que no pudo llevarse á cabo porque la Cámara de diputados se mostró opuesta á él; pero en 1819, habiendo vuelto á entablarse negociaciones, entre las dos córtes, intervino un nuevo acto cuya estipulacion principal era que el número de los obispos llegaria á ochenta. Pio VII despues de su regreso no se presentaba, sino muy raras veces en las ceremonias públicas; diversos achaques, consecuencia de la edad, del destierro y de las pesadumbres, le obligaban á hacer una vida muy retirada. Una caida que dió el dia 6 de julio de 1823, queriendo levantarse de su silla, y de cuyas resultas se fracturó un muslo, aceleró su fin. Exhaló los últimos suspiros el 20 de agosto, despues de haber dado en toda su enfermedad los ejemplos mas tiernos de paciencia y de piedad, y habiendo regido la iglesia durante 23 años, cinco meses y seis dias. Su celo por la religion, su moderacion y prudencia se patentizaron en muchas circunstancias. Su sola presencia anunciaba la paz de su alma, y en su fisonomía habia un cierto aire de sencilla dignidad que inspiraba respeto. Pero su bondad no menoscababa su entereza, y su dulzura fué tan grande como su firmeza. Se le vió en los tiempos de prueba soportar con resignacion el peso de la adversidad, cansar en algun modo á su enemigo con su paciencia, y honrar la religion con su noble resistencia. Mientras que toda Europa estaba humillada á los pies de un soldado, mientras que tantos soberanos sufrian la ley del vencedor, y mudaban de estados á merced de los caprichos de aquel, solo un hombre se mantenia en pie, y este hombre era el jefe de la Iglesia. Desde el fondo de su prision, Pio VII oponia una resistencia pasiva á pretensiones altaneras, y esta resistencia desconcertaba los planes mejor concebidos, y ella sola atormentaba una prosperidad orgullosa. Despojado, cautivo y solitario, aparecia mas grande aun y mas venerable que en su palacio y en medio de su córte; y los votos del universo católico, asi como el respeto de todos los hombres sensatos é imparciales, se dirigian desde todos los puntos á este pontífice perseguido, á este anciano sin apoyo esterior; pero rodeado de la triple magestad de la religion, de la virtud y del infortunio. A.

EL HERMANO DE LA MAR.

CAPITULO XI.

NO ES TAN FIERO EL LEON....

Hiélame ardiendo el sol, ardo en el hielo,
el descanso me ignora, y el reposo;
cuanto los hombres juzgan luz y dia,
es á mis ojos tempestad sombría.

JAUREGUI.

Largo rato estuvo contemplando el capitan á Eugenia, espresando con su mirada ardiente y fija, ora la admiracion mas profunda, ora con la brusca contraccion de sus negras y pobladas cejas, el disgusto que le causaba la presencia de un estranjero en un sitio tan sagrado como su cámara.

Eugenia, inmóvil como una estátua de mármol, esperó que el capitan tomára la iniciativa, y aprovechó aquellos instantes de mútua espectacion para reunir toda su presencia de ánimo á fin de sostener el grave peso de la mirada de aquel hombre, semejante á la que lanzar pudiera un cadáver animado de repente y saliendo de su tumba.

Despojóse la nublada frente del capitan, y con voz firme que revelaba lo habitual que le era el mando, le preguntó en inglés:

—¿Quién eres?

—¿No lo veis? un muchacho, le contestó con serenidad Eugenia, y en muy buen español.

—Maldito seas!... dijo el capitan en la misma lengua.—¿Por qué me haces oir un idioma que me recuerda un pais en el que he esperimentado la mas cruel de las desgracias? ¿No sabes hablar otro?

—Sé varios; pero el español es mi predilecto.

—Tambien lo fué el mio en un tiempo mas feliz.

—Por él amo á los españoles mis hermanos.

—Y yo por una española detesto á la humanidad.

—Os compadezco.

—¿Para qué quiero yo tu compasion? ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¿cómo es que te encuentro aquí?

—Con mi padre y mi hermano he salido de la Habana. El temporal ha destrozado nuestra fragata, y cuando ya sin esperanza de salvacion corriamos á través de las hinchadas olas, hemos encontrado un asilo protector en la *Vengadora* que nos ha librado del naufragio.—Vos, en aquellos momentos, presa de un accidente horrible, ignorabais lo que pasaba. La borrasca en medio de su furor os ha arrebatado á vuestro médico, y mi padre que conoce algo las ciencias, os ha suministrado los remedios que ha creido útiles para devolveros la salud.—Yo, con mi hermano, he venido hasta aquí para orar por vos.

—¡Devolverme la salud!... ¡orar por mí!... tiempo perdido; exclamó el capitan con sarcástica sonrisa.—Las enfermedades del alma no se curan, y Dios me ha maldecido para siempre.—No hay piedad ni esperanza para mí.

—Tambien nosotros la creimos perdida para siempre cuando á merced del huracan sobre las revueltas ondas veíamos la muerte por do quiera; y en tan horrible estado de agonía pasó vuestra *Vengadora*, y hácia ella tendimos nuestros brazos suplicantes... y, nada; ni una señal de consuelo entonces recibimos; la *Vengadora* siguió su rápido camino, y nosotros volvimos á quedar abandonados en medio de las ráfagas del viento, los bramidos de la mar y la lobreguez de las tinieblas.—¿Qué esperanza podiamos entonces conservar? Era preciso morir, y morir en pos unos de otros, y en presencia de personas queridas... ¡ay! ¡triste del último! Los tiburones escoltaban nuestro combatido esquife, y hambrientos esperaban repartirse la primera víctima... pero el cielo de repente nos ofreció un asilo donde menos lo podiamos entonces esperar; en vuestra fragata, capitan, de la que no hay noticia de que haya jamás dado ni pedido auxilio. Oyó Dios nuestras fervientes súplicas, porque

Dios puede alguna vez retardar sus beneficios; pero nunca abandona á los desgraciados.

—Muchacho!... tus pensamientos son hijos de un talento superior. Tu me haces sentir con tus palabras un consuelo de que hace tiempo carecia mi corazon. Si alguna vez no he sentido hacer bien, es esta en que la casualidad me ha proporcionado oir el eco de tu dulce voz. Ven, que te pueda yo contemplar desde mas cerca porque mi vista debilitada con tantos padecimientos, no puede salvar la distancia que nos separa.—¿Tienes miedo?

—Esta es mi mano, capitan; dijo Eugenia tendiéndosela con resolucion. A mi no me intimidan sino los perversos y criminnales.

—¡Qué hermoso eres!... dijo el *Hermano de la mar* apretando la blanca mano de Eugenia entre las suyas ardientes y descarnadas. Tú me reconcilias con el género humano, porque yo ignoré hasta ahora que habitaban los ángeles en la tierra. Pero dices que solo temes á los perversos, y á los criminales... ¿sabes tú, bello jóven, si acaso es uno y otro el hombre que ahora está estrechando tu mano?

—Imposible!... Yo se que sois un hombre sin ventura, que vivis aislado en la sociedad, y que este aislamiento es el continuo manantial de vuestros dolores.

—Tú sabes todo eso? esclamó el capitan con el mayor asombro.—¿Cómo has podido adivinarlo?... ¿qué penetracion es la tuya que así lee en el fondo de un alma cerrada ha cuatro años hasta á mis propios pensamientos?

—No hay mas que veros para comprender que sufrís una de esas calamidades que el cielo envia á las almas superiores para probar el temple de sus fuerzas. Ademas, no olvideis que os he dicho que mi padre os ha asistido en vuestro letargo, que os ha observado con el mas vivo interés, y que unido esto á algunas frases incoherentes que durante el delirio habeis pronunciado, cree haber descubierto el origen de vuestras dolencias que se lisonjea con la esperanza de ahuyentarlas, si vos aceptais su direccion. Esto á mi hermano y á mí nos dijo mi padre...

—¿Adónde está tu padre?.... ¿Adónde tu hermano?....

—Mi padre está en la sala de banderas con algunos de nuestros compañeros de naufragio: en cuanto á mi hermano...

—Aquí está!... dijo Carlota saliendo alegremente de una de las inmediatas habitaciones, desde donde habia estado escuchando atentamente el anterior diálogo.—Perdonadme, capitan, si he sido algo tímido para presentarme; pero no lo estrañeis, porque nos habian contado de vos tantas patrañas, que á la verdad, me parecia algo imprudente el arrostrar vuestra imponente mirada antes de saber si nos acogiais con benevolencia.

—Segun eso ¿estás ya muy seguro?...

—Bah!... por supuesto!... con vuestra vida escéntrica y misteriosa habeis dado lugar á que os calumnien, y ahora reconozco que nuestro padre tenia razon cuando nos dijo:—*No es tan fiero el leon como lo pintan*,

—Sin embargo; hace algun tiempo, repuso con indiferencia el capitan, que pudiera haberse equivocado lastimosamente pensando de esa manera; pero hoy no sé que cambio se ha verificado en mí, que estoy maravillado de mi mismo, al sentir la grata impresion que ha producido en mi espíritu vuestra presencia inesperada.

—Gracias, capitan: le contestó Carlota, que una vez tomada la palabra no la soltaba tan fácilmente. Nosotros nos damos el mas cumplido parabien por haber conocido al terrible *Hermano de la mar* en una ocasion tan favorable como oportuna.

—¡Dichoso el padre que tiene tales hijos! esclamó éste mirando á Eugenia.

—¡Dichosos los hijos, contestó ésta, que encuentran un amigo como vos.

—¡Triste amistad la de un hombre que como yo considera su existencia como un peso insoportable! Vosotros sois los primeros que en el espacio de cuatro años me habeis hecho mas llevadera la grave carga de la vida, y los únicos á quienes no deseo que esperimenten los tormentos que sin tregua me han estado devorando.—Pero esto, añadió con amargura, será una felicidad tan breve y pasajera como todas las que el cielo me concede: un momento de reposo, para hacerme despues mas sensible la cruel agitacion á que vivo condenado.

—No penseis ahora en eso, interrumpió Eugenia: ¿quereis que mi padre os salude y que aproveche esta ocasion en que os hallais mas restablecido, para continuar el plan de curacion que se ha propuesto?

—Haced lo que querais: todo me es igual.

—Pues es necesario, que desde hoy penseis de un modo diferente, señor marino, dijo Carlota con su acostumbrado aturdimiento: una vez que hay que vivir, debemos procurar hacerlo de la manera mas cómoda que nos sea posible.—Voy por mi padre, haced todo cuanto é os diga, y ánimo!... voto á brios!.. que algun dia nos habeis de dar las gracias.

Y esto diciendo salió brincando de la cámara, en la que un momento despues volvió á entrar acompañada de don Julian Buenaventura.

Ante sus respetables canas y su fisonomía franca y serena, esperimentó el *Hermano de la mar* la misma favorable impresion que con respecto á las encubiertas muchachas le habia sucedido, y así se lo manifestó, suscitándose en seguida entre los cuatro una breve cuanto animada conversacion en la que quedaron todos mútuamente satisfechos.

El capitan de la *Vengadora* dejó hacer á don Julian, sometiéndose por último á los sanos consejos y profundas observaciones que como hombre de buen juicio y de larga esperiencia le supo ir presentando con la mas esquisita oportunidad.

Pocos dias bastaron para que se estableciera una íntima confianza entre el sombrio capitan, Eugenia y Buenaventura, Carlota y *Placeres*.

No obstante de que el capitan era ya otro hombre, las muchachas conservaban cuidadosamente su disfraz, porque una vez que aquel habia aceptado fácilmente el engaño, no creyó don Julian oportuno ni conveniente presentarle la verdad á lo menos mientras no estuviera mas seguro de los adelantos de la reaccion moral que en él se estaba entonces verificando.

Una noche purísima, serena, en que la luna se reflejaba sobre las tendidas lonas de la fragata, marcando suavemente su pasajera sombra en las movibles aguas del golfo, estaban como de costumbre los nuevos amigos reunidos en la cámara y en derredor del capitan que parecia estraordinariamente aliviado del grave peso de sus íntimas dolencias. Se habia organizado un pequeño concierto sostenido con los instrumentos que há tiempo yacian abandonados, y durante el imperio de la música brillaron como nunca los ojos del marino, y su fisonomía apareció animada por un vivo entusiasmo hasta entonces en él desconocido.

Cesaron los acordados sonidos de la improvisada orquesta, y poco despues observó don Julian que su

Vista de la alameda de Cádiz.

valetudinario amigo volvia á nublar la frente y á dar muestras de caer en su primitivo abatimiento. Varias veces le habia manifestado lo conveniente que seria una revelacion de las verdaderas causas que por tanto tiempo estaban atormentando su espíritu para proceder con mas seguridad en el plan de curacion, y ahora, aunque indirectamente, volvió á la carga, convencido de que una espansion completa produciria en él resultados sumamente favorables.

A la indicacion de Buenaventura sacudió el capitan brúscamente la cabeza, y despues de pasarse la mano por la frente como si se quisiera desprender de una idea tenaz, dijo con resolucion.

—Es verdad, amigo mio: comprendo que el pensamiento que me acosa incesantemente va siendo superior á mis fuerzas, y que es preciso atenuarlo por medio de la comunicacion. Creo tambien que no es un sentimiento de estéril curiosidad el que le mueve á exijir de mi parte una esplicacion que siempre me será muy dolorosa, porque de creerlo así, mi lábio permaneceria mudo como ha sabido serlo por espacio de tanto tiempo.—Voy, pues, á referirles brevemente un lance que ha acibarado mi existencia de la manera mas horrible, y al que acaso yo le habré dado mas importancia de la que justamente debiera; pero antes de condenarme, bueno será tener presente que no todos los hombres á los veinte y cinco años pueden dominar su corazon.

Eugenia y Carlota que instintivamente presintieron una declaracion algo *non sancta*, hubieran salido de la cámara de buen grado; pero sea por el curioso interés que les inspiraba el narrador, ó por no llamar su atencion con tan intempestiva ausencia, es lo cierto que se quedaron con el firme propósito de tapar sus oidos en el caso de que en el curso de la historia se realizaran sus presentimientos.

—Durante mi niñez, dijo el *Hermano de la mar*, despues de una breve pausa, estuvo en Cádiz establecida la casa de mi padre. Tendria yo seis ó siete años, cuando nos trasladamos á la córte, y con motivo de haber mi padre prestado servicios de alta importancia á su pais, el gobierno le recompensó con un título de marqués. Quiso mi padre que yo recibiera una educacion digna de la posicion que ocupaba en la sociedad, y con este objeto me envió á Francia y por último á Inglaterra, en cuyo punto se dispertó en mí una irresistible aficion por el estudio de la náutica y de la astronomía. Precisamente me hallaba en una nacion esencialmente marítima donde eran muchos y buenos los modelos que podia estudiar para perfeccionarme en esta carrera, y una vez resuelto á acometerla, participé á mi padre mi formal determinacion de ser marino.

Desde mis mas tiernos años, ha sido para mí una necesidad la de amar frenéticamente á alguna cosa. El magestuoso é imponente aspecto de los mares, la relacion de una maniobra arriesgada y mandada con acierto, exaltaron mi juvenil fantasía: el estampido del cañon de un buque saludando al puerto, y los honores que este tributa á su bandera, me han ar-

rancado mas de una vez lágrimas de entusiasmo... y amé á la mar: despues he amado á una mujer... y luego he amado á mis propios dolores de tal suerte, que hasta hace poco me han estado sirviendo de alimento.

Mi padre, que me queria como á hijo único, alentó mis deseos con su aprobacion, y cuando despues de algunos años de constante estudio pude hacerle ver que no habia sido un pueril capricho mi anterior resolucion, tuvo la condescendencia de mandarme comprar un bergantin, y despues la de venir hasta Barcelona para presenciar mi entrada en su opulenta bahía.

Me alejé de las costas de Inglaterra embriagado de placer al verme por la vez primera sulcando de mi cuenta y riesgo las espaldas del mar, sobre la cubierta de un buque perfectamente aparejado, y con una tripulacion brillante y numerosa, siempre dispuesta á obedecer la mas insignificante de mis órdenes. El primer sueño dorado de mi vida se habia realizado. Un viento próspero me acompañó hasta las costas de Cataluña, y no parece sino que mi buena estrella entonces quiso que yo hiciera un alarde de mi arrojo y conocimientos para darme mas importancia, porque hallándome á la vista de la capital del principado, soplaron fuertemente los vientos de levante, principió á romper el mar en la boca del puerto, y en poco tiempo se declaró uno de los mas récios temporales que tan frecuentes son en aquellas aguas. El vigía de la ciudad me aconsejaba que tomára la vuelta de afuera y que me hiciera á la mar si no tenia práctico á bordo. Observé la direccion del viento y la disposicion de la rada, y al notar con mi anteojo coronadas de espectadores las murallas de la plaza, en las que tal vez se hallaria tambien mi padre, y que dos buques franceses que tenia por la popa se echaban fuera por no arrostrar los peligros de la entrada, no quise arriar vergonzosamente mi bandera, y embesti cargando velas, con la bahía, en la que milagrosamente y con admiracion de todos me aseguré con mis anclas felizmente.—Salté en tierra donde encontré á mi padre que me abrazó, pasado ya el susto, con la mayor ternura y un tanto de orgullo, y despues me llevó al sitio donde nos esperaba el coche, en el que hallé á dos personajes que me recibieron con las mas distinguidas muestras de cariño y consideracion. Era el uno un rico banquero portugués establecido desde su juventud en España y en cuya casa de recreo estaba mi padre aposentado: el otro era su hija, española, muy jóven, elegante, y de una hermosura estraordinaria. Confieso que para despues de un viaje fatigoso, me pareció muy bien aquella compañía, que repetidas veces me significó se hallaba igualmente satisfecha con la mia.—El contínuo trato engendra confianza, la confianza cariño, y hé aquí lo que en breves dias á mí me sucedió de la manera mas violenta con respecto á Carolina. Era imposible verla y estar á su lado, sin sentir el profundo efecto de su mirada fascinadora: me enloqueció, como sucede á todos los que aman por la vez primera, y habiendo tenido entonces la fortuna de que aceptára mis juramentos, nuestros padres que habian visto con alegría crecer nuestra mútua inclinacion, me la otorgaron por esposa, y embriagado de placer tuve la dicha de ver realizado otro de los sueños dorados de mi vida.

Aquí se detuvo el capitan, y despues de un momento de indecision continuó su historia con la voz un poco alterada.

—Pasaré como por sobre ascuas en lo que me resta que decir, porque el detenerme en los pormenores, seria lo mismo que rasgar mis heridas: harto frescas todavía.—Fue venturoso todo el tiempo que viví confiado en las virtudes que yo suponia en mi esposa; pero *Rompientes*, mi fiel é inseparable criado, arrancó un dia con su brusca y natural franqueza, la venda de mis ojos.—Atónito quedé con sus desgarradoras revelaciones, y quise cerciorarme por mí mismo de tan horrible verdad.—Nuestros padres habian vuelto á la córte, y nosotros seguiamos habitando en la quinta acompañados con frecuencia de una sociedad culta y numerosa: pretesté un viaje al Ampurdan con motivo de reconocer unas fincas que querian enajenarme, y partí sufriendo con cruel resignacion las multiplicadas demostraciones de cariño que me prodigó mi esposa en la despedida.—Volví á la media noche y penetré en mi casa sin que nadie lo advirtiera.—Llegué hasta la puerta del aposento de mi mujer y me encontré con su doncella que al reconocerme dió un grito agudísimo... forcé violentamente el paso que quiso impedirme y me lancé en el aposento ahogándome de furor.—Disparar una de mis pistolas, saltar un hombre de mi lecho y arrojarse por un balcon fue todo obra de un momento.—Quisé, antes de seguirlo, castigar á la perjura, y arrebatado por la cólera, tiré de las cortinas que la ocultaban á mi vista y... ¡Cuál fue el espectáculo que presencié!... La adúltera habia pagado ya su crímen... La bala habia partido su corazon, y no encontré mas que un cadáver anegado en la impura sangre que todavía brotaba de su seno.

Ignoro lo que en aquella horrible noche pasó despues por mí.—En la madrugada del dia siguiente escribí á mi padre dándole conocimiento de la desgracia que acababa de sucederme, y me hicé á la vela para Gibraltar, dejando á Rompientes encargado de averiguar el paradero del hombre que tan directamente habia asesinado mi honor.—A los pocos dias se me reunió *Rompientes*; trayéndome la noticia de que mi cruel enemigo se habia embarcado para América con tanto secreto, que no lo habia podido saber hasta despues que el buque que montaba se habia hecho á la mar.—Resolví entonces armar á la *Vengadora* y seguirle la pista... y héme aquí sin haber logrado mi objeto despues de estar cruzando las mares por espacio de cuatro años, y de haber reconocido escrupulosamente casi todos los puntos del continente americano.—No por esto se ha amortiguado en mi corazon el espíritu de venganza: perseguiré mientras aliente al hombre que me ha hecho tan infeliz; pero habiendo recibido hace poco la triste nueva de la muerte de mi padre, y teniendo forzosamente que ocuparme de intereses y de averiguar el paradero de un hermano suyo á quien ha tenido muy presente al espirar, me veo en la precisa obligacion de suspender por ahora mis constantes propósitos, dirigiendo la proa á la ciudad de Cádiz á donde principalmente se halla radicada mi fortuna. Venderé cuanto poseo, y despues volveré á la mar para satisfacer mi venganza ó para vivir errante eternamente. Esto es todo.

Calló el capitan, y don Julian que le habia estado escuchando con la mas profunda atencion le preguntó seguidamente.

—Una vez que su casa estuvo un tiempo establecida en Cádiz, ¿conoció Vd. por casualidad á don Eugenio de Cárdenas?

—Ese era: respondió el capitan, el nombre y apellido de mi padre.

—Cielos!... dijo don Julian visiblemente ajitado: ¿Vd. es Leopoldo?

—Exactamente.

—¡Dios mio!!... ¡qué casualidad!...

—Qué?,.. dijeron todos.

—Don Eugenio de Cárdenas, era mi hermano, dijo don Julian tendiéndole los brazos á su sobrino.

—Tio!... esclamó este sorprendido.

—Sí; tú tenias tres años cuando yo abandoné mi patria.

—Con que estos jóvenes... dijo el Hermano de la mar dirigiéndose á las atónitas muchachas.—

—Estos jóvenes... le interrumpió don Julian: ya no hay inconveniente en decirte que no son lo que parecen.—Esta es tu prima Eugenia, y esta Carlota, la hija de un íntimo amigo mio que quiero como á un hermano.

—¡Son mujeres!... esclamó... y yo no habia sospechado... eh!... añadió dejándose llevar del entusiasmo del momento; permitidme tio que las abrace; ya decia yo que eran muy hermosas para hombres: este es el único momento de felicidad que he disfrutado en muchos años.

Y por espacio de algunas horas no se oyeron en la cámara mas que acentos que revelaban la mútua satisfaccion de los navegantes.

T. R. Rubí.

Puente de S. Mauricio sobre el Ródano.

Esta lámina que no pudo imprimirse en el número anterior por falta de espacio, corresponde á la seccion de sucesos contemporáneos y al punto en que se habla de la llegada del conde de Molina á los Alpes.

ORACION INAUGURAL

leida en el LICEO por su primer consiliario D. Patricio de la Escosura.

Señores:

Cuando resonaba en la Península española el grito de fratricida guerra desde las cumbres del riscoso Pirineo hasta las deliciosas playas del estrecho gaditano; cuando en Madrid los rencores políticos y las intrigas de la ambicion absorbian, por decirlo asi, las facultades mentales de los hombres provectos; la juventud artista y literata tuvo la felicísima idea de fundar, creando el Liceo, un refugio para sí misma, un asilo para el ingenio que un dia inspiró á Calderon y á Lope; á Garcilaso y á Rioja; á Velazquez y á Murillo; á Herrera y á Covarrubias; á Becerra y á Berruguete; á Maiquez y á la Rita Luna, á Manuel García y á Lorenza Correa.

¡Singular fenómeno, señores, á que todos hemos contribuido! A las puertas de este recinto dejábamos

las armas y las pasiones: aquí, como en un templo á la paz consagrado, departiamos sosegadamente los mismos que en la arena política éramos implacables enemigos; y mientras el eco aterrador de la artillería, ó la voz funesta de los motines, atronaban los ámbitos de España, aquí la lira del poeta y los acentos del músico halagaban el oido y recreaban el entenimiento, mientras que los pinceles y el cincel ofrecian á los ojos variado, ameno y consolador espectáculo.

Grande es en todo la Providencia divina: ella que ha dotado á los hijos de Iberia de ardientes pasiones é inquieta índole, les dió en compensacion la rica fantasía la imaginacion poética que solas alcanzan á producir y esplicar los hechos de que hablamos.

Pero, señores, el Liceo ha sido mas que eso todavía, el Liceo ha hecho mas por la patria de lo que hemos insinuado, porque el Liceo ha roto la valla de preocupaciones y reducido á la nulidad la distancia que separaba á los artistas de las altas clases de la Sociedad española.

Pero he dicho mal; no, la Sociedad española no fue nunca aristócratica en tal sentido, la Sociedad verdaderamente española no fue jamás estraña á los cultos goces del entendimiento y de la imaginacion.

Desde que con Cárlos I, el último y el mas grande de los caballeros de Europa, llevaron nuestras entonces victoriosas armas á estranjeros paises la guerra y sus desastres, comenzaron á desarrollarse entre nosotros vigorosas y lozanas las bellas artes y la poesía.

Esta adoptaba el metro endecasílabo al mismo tiempo que la arquitectura combinaba la sencillez simétrica de las formas clásicas con la riqueza de la gótica ornamentacion, y que la escultura imitaba con tacto esquisito los bajos relieves de Roma y de Atenas, revistiéndolos con la túnica cristiana, y entonces Cárlos V levantaba del suelo los pinceles del Ticiano con la misma diestra que cautivó á Francisco I; y Felipe II, esa magestuosa, sombría y colosal figura de nuestra historia, despachaba con Herrera, y sufria que Mora le reclamase con sobrada entereza el pago de los jornales de sus artesanos.

Tendamos la vista, señores, para consuelo nuestro sobre la España de aquellos tiempos, tendámosla, y veremos como por encanto, nacen espontáneamente de su fecundo suelo, á par de las naturales flores, las maravillas del arte en todos géneros, veremos correr abundante el ancha vena del ingenio en sus diferentes ramas; y veremos tambien el manto régio de los soberanos de ambos mundos cobijar á los grandes hombres, cuya memoria honrará eternamente sus reinados.

Aquella córte de los dos Felipes III y IV, aquella córte culta y galante, donde Velazquez y Lope, y Calderon y tantos otros, no se arrastraban humildes como Racine y Corneille en la de Luis XIV, mendigando una sonrisa ó una gratificacion del fastuoso monarca, sino que con la frente erguida y el pecho condecorado hombreaban con los príncipes, emparejaban con los grandes, y eran de sus reyes tan estimados, como favorecidos; aquella córte, repito, comparable solo bajo el punto de vista que aquí la consideramos á la de Augusto, lejos de mirar con desden á los ingenios, se honraba y engrandecía honrándolos y engrandeciéndolos á ellos. Mas luego, señores, las costumbres indígenas, las tradiciones venerandas de los conquistadores de Granada y de Méjico, de Nápoles y del Perú hubieron de ceder el paso al fausto, á la etiqueta, á las preocupaciones nobiliarias de allende el Pirineo, y desde entonces aunque no solo por eso, comenzó la tan rápida como espantosa decadencia de las artes y de las letras en España.

Apartemos la vista de Churriguera y del culteranismo, lamentando el estravío de la imaginacion de muchos grandes ingenios que siguieron tan errada senda, y en esta rápida reseña, que de las vicisitudes del ingenio en España haciendo vamos, pasemos desde luego al reinado del señor don Cárlos III, de gloriosa memoria.

Su nombre será siempre respetado; sus altas virtudes, sus rectas intenciones, sus constantes esfuerzos por engrandecer el país, cuyos destinos regia con autoridad soberana, le aseguran en la historia un lugar distinguido, pero el espíritu de la época en que floreció, le dominaba y era forzoso que le dominase.

La Sociedad antigua tocaba entonces á su término, las ideas y las instituciones iban á cumplir su tiempo, y ya en no muy lejana lontananza, descubrian los ojos penetrantes de la filosofía la perspectiva de una civilizacion nueva en las formas como distinta en la esencia, y opuestas en los principios á la que se terminaba.

Los hombres que colocados, como Cárlos III y Federico II, en la mas alta de las posiciones sociales, y dotados al mismo tiempo de claro ingenio, y santa inclinacion á lo bueno y á lo bello, siendo por obligacion, digamoslo asi, campeones de lo antiguo, y por instinto partidarios de lo nuevo, debieron hallarse mas de una vez ansiosamente perplejos en la eleccion de medios y de sendas. Su interés contradecia lo que su entendimiento les aconsejaba.

Asi vemos al augusto nieto de Felipe V, espulsando á los jesuitas por medio de un golpe de Estado y conservando la inquisicion sin embargo; favoreciendo la escuela enciclopédica, cuyas doctrinas condenaba; y lo que para nosotros es ahora mas importante, protegiendo con todas sus fuerzas la importacion del gusto llamado clásico en artes y letras.

Por una ilusion mas frecuente de lo que se imagina, creyose en la época á que nos referimos fundar una escuela artística y literaria original, grande y fecunda, partiendo del principio de la imitacion servil, y señalando estrechos límites á la invencion y á la fantasía. ¡Cómo si estos dos elementos, tan versátiles, incorpóreos y exentos de toda coaccion, como el alma misma de que son atributos pudieran crecer y desarrollarse encadenados!

Mas no paró en esto: creyóse tambien y de buena fé, que se imitaba á los griegos y á los romanos, copiando á los franceses; y, á pretesto de hacernos clásicos, perdimos nuestra originalidad picante y fecunda, aunque en un tanto desordenada para copiar, en general con poco acierto, á los mismos hombres que por modelo nos tuvieron.

Porque es de notar, señores, que los grandes hombres del siglo de Luis XIV se formaron todos con el estudio de la primitiva y magnífica literatura española.

Por eso fueron estériles los esfuerzos, loables sin duda, del señor don Cárlos III y de las personas entendidas de su tiempo, que si bien nos han dejado obras á la verdad recomendables, ni fundaron escuela, ni pudieron rivalizar con sus modelos.

¿Cómo habian de recobrar los artistas su perdida social importancia en aquella época?— No era posible. Así, como profesion, las artes se oscurecieron, y las letras fueron un accesorio mas ó menos estimado y recomendable, segun recaian en sugeto tambien mas ó menos elevado en la escala social ordinaria.

De entonces acá ¿quién de nosotros ignora la degradacion lamentable y sucesiva de nuestra bella patria?

Mas con todo eso, en el último tercio del pasado siglo, la literatura, horriblemente envilecida por la plaga del mal gusto, dió un paso inmenso, adoptando formas, ya que no del todo españolas, bellas al menos y correctas y puras.

Gloria á los Moratines, á los Melendez, á los Sanchez Barbero, á los Cienfuegos; y gloria á los claros ingenios que de aquella generacion pasaron á la nuestra, y de los cuales algunos quizá se dignan escucharme.

Inclinemos la frente con respeto ante esas canas enlazadas con el preclaro laurel de Apolo; saludemos, señores, con veneracion á los restauradores del buen gusto, y dejemos á la presuntuosa ignorancia el placer absurdo de blasfemar de lo pasado solo porque ya pasó, de negarse á respetar los años y los servicios distinguidos de nuestros mayores.

Mas volviendo á mi especial propósito, las letras y las artes estaban, por decirlo asi, escluidas del trato de las gentes, cuando se fundó el Liceo; tal vez el cuadro y el libro, la estátua y el plano figuraban en la Galeria ó en la biblioteca del Prócer, pero rara vez se veia en sus salones al pintor ni al escultor; si con alguna mas frecuencia al literato no era por esta sola circunstancia; sino porque solia pertenecer á alguna de las categorías sociales reconocidas.

Y la profesion del artista, señores, que como la del soldado no tiene mas recompensa que la gloria, la profesion de las artes en la que tambien como en la de las armas, se trueca la vida por una hoja de aquel laurel fantástico que consiste en la opinion del público, que se cifra en ser conocido, y señalado y distinguido en virtud del mérito propio entre el comun de las gentes; esa profesion ascética, en que una modesta medianía es á cuanto puede extenderse la ambicion, y en que un nombre con mas ó menos fama es la única herencia á que pueden aspirar nuestros hijos, carecia en España de su único aliciente, de su exclusiva recompensa, de porvenir en fin y de esperanzas.

¡Ah, señores, el que con el lapiz ó la pluma en la mano, y retraido en el fondo de su modesta habitacion sintiera latir aceleradamente su corazon abrasado por el fuego santo de la inspiracion, y en su mente agitarse, germinar, desarrollarse y crecer las creaciones de la fantasía, considerando al mismo tiempo que su existencia era ignorada, que hacerse oir ó mirar, exigia mas esfuerzos y fortuna que inventar y producir; que entre él y la sociedad que habia de juzgarle no mediaban relaciones personales é inmediatas, debia padecer un suplicio espantoso; es posible que mas de una vez arrojase despechado lejos de sí los instrumentos que en situaciones mas favorables hubieran acaso inmortalizado su nombre.

Pues bien, señores, esa barrera de bronce, ese dique al parecer insuperable que se oponia á los progresos de las artes y de las letras—lo afirmo con seguridad, lo digo con orgullo—el Liceo los ha destruido en pocos años y para siempre.

Su modesta tribuna ha sido teatro de grandes triunfos literarios, é instrumento de justas, pero rápidas reputaciones; sus pobres caballetes y mesas, han hecho célebres á mas de un artista; y sus salones han realizado un sueño de los utopistas: porque aquí, y solo aquí, es cierto que no hay mas aristocrácia que la del talento.

Cuando tal considero, cuando con la fé viva que en el Liceo tengo, cuando con el amor que le profeso, y la esperanza cierta de su duracion y grandeza que me alienta, me veo, señores, á mí, oscuro escritor que he penetrado por la brecha en la república de las letras, á mí sin mas títulos que un buen deseo, colocado al frente de tan importante establecimiento, confieso que me ruborizo de tanta honra, y que cederia de buena gana esta silla á cualquiera de los muchos á quienes me dirijo, que la ocuparian mas digna y útilmente.

Pero consideraciones que no es de sazon esponer ahora, me obligan á conservarla, y me ponen en la precision de intentarlo todo, para no mostrarme enteramente indigno de tan inmerecida distincion.

El tiempo, las circunstancias, los progresos mismos debidos en parte al Liceo, han hecho variar completamente su índole; el arte y las letras habian llegado casi á desaparecer de entre nosotros, y no podian reproducirse en su primitiva forma. La reorganizacion era indispensable y se ha verificado.

Reorganizada la parte personal de los profesores, es ahora necesario atender á las profesiones mismas.

Una gran revolucion literaria ha destruido la escuela clásica: á la severidad de sus reglas sucedió el menosprecio de toda ley; la libertad se ha exagerado como siempre acontece al quebrantar las cadenas de la servidumbre; pero la necesidad de tipos generales mas ó menos determinados, y la de un órden lógico cualquiera, se hacen sentir vivamente en la república del ingenio.

Por otra parte la Sociedad ha renovado su esencia y sus formas, es preciso que á ellas se avenga la produccion artística.

Tal es, señores, en la actualidad el fin natural del Liceo: estamos obligados á difundir el amor á las artes y á las letras; á proclamar las reglas de la sana razon y del buen gusto, deducidas de la naturaleza y objeto de nuestros trabajos, y compatibles con la racional libertad del ingenio; y á poner en consonancia la índole de nuestras producciones con la del público, sin hacernos sin embargo sus esclavos, porque para ser entendido preciso es hablar el idioma de los oyentes.

Eso me propuse al aceptar la presidencia accidental del Liceo; eso quiere la Junta Gubernativa, ese es el norte que ha dirigido y dirigirá en lo sucesivo á la Junta Delegada.

Vosotros, señores, literatos y artistas, unos empezando la carrera, otros que la llevais mediada, y otros en fin que os acercais á su término; vosotros que en tiempos calamitosos, luchando valerosamente con todo género de obstáculos, habeis conservado y conservais pura vuestra fé, en medio de los prevaricadores que inclinan torpemente la rodilla ante el becerro de oro ó prostituyen el ingenio en servicio de miserables pasiones, vosotros sois la esperanza del Liceo, y solo vosotros podeis dar cuerpo y realidad al porvenir de gloria y de grandeza, que yo he visto en mis sueños preparado á las letras y á las artes españolas.

Los laureles que ya habeis conseguido, los que sois aun capaces de alcanzar, el amor que profesais á vuestra patria y vuestra misma presencia en este sitio, son, señores, un fausto auspicio: la Junta Gubernativa lo acepta con fé, realizadlo vosotros, y el dia de la instalacion de las nuevas secciones del Liceo, podrá ser el que dé principio á una era de prosperidad y de engrandecimiento para el ingenio español.

Vuestra será la gloria; y no pequeña la nuestra con solo haber apreciado vuestro mérito y capacidad en lo que ellos valen; con no haber vacilado en creer que cuenta aun España en este siglo positivo hombres que guardan en sus corazones el santo fuego de la vocacion poética y artística, y tienen en mas la fama de Cervantes y de Murillo que los tesoros de Creso.

UN RECUERDO DE ARANJUEZ.

Continuacion.

V.

Antes de llegar al nuevo elíseo cuya vista deseaba gozar, tropezé con un corro de gente que me llamó muy poco la atencion, pues si bien me observaba al parecer con aire de curiosidad, atribuílo á la circunstancia de haberme visto haciendo el bobo delante de la fuente de Diana, contemplándola extasiado como buen forastero, sin curarme del sol que entonces picaba muchísimo.

Un edificio cuyo aspecto esterior contrastaba notablemente con los demas que cerca del jardin del Príncipe forman la primera calle á la parte septentrional de la poblacion, obligóme á hacer alto un momento, y á preguntar á un viejo que pasaba qué especie de palacio era aquel, pues en efecto tenia traza de tal, aun cuando se hallaba todo desmantelado y espuesto interiormente á la intemperie, dado que los balcones no tenian ni aun una simple puerta de pino que resguardase del sol, del viento y de la lluvia los pintados salones que desde afuera se descubrian. Contestóme el anciano con voz trémula ser aquel el palacio que otro tiempo habitára Godoy. Oir este nombre, y dispertarse en mi alma un sentimiento no sé si de terror, ó de lástima, de indignacion ó de vergüenza, vino á ser una misma cosa.

¿Con qué esta es la morada, exclamé, del Omnipotente en su tiempo, de aquel célebre y famoso valido cuya voluntad lo era todo y á quien nada se resistia? Sí, sí, su casa es; la reconozco por lo que he leido, y no puede ser sino ella. Las turbas populares la invadieron una noche de triste memoria, y despues de haberla dado al saco y de entregar á las llamas todas sus riquezas y preciosidades, cebáronse furiosas en su dueño de la manera que les fué posible, hostigándole cual bestia feroz por entre los caballos que le servian de apoyo, y con los cuales procuraban escudarle los guardias. ¡Oh fortuna, y que vueltas das! Esta es la plaza, sí, y este es el sitio, y aquel es tambien el palacio real. ¿Por qué no habrán crecido los árboles lo bastante para que uno y otro edificio no pudieran mirarse frente á frente? ¡Oh vilipendió, oh mengua! ¿Mas de qué sirvió la caida del hombre que asi afrentaba al trono? ¿Qué fruto hemos cogido los españoles del célebre tumulto de Aranjuez? Revolucion que cabia en este sitio, no podia ser cosa grande. Verdad es que la plaza no es pequeña, y que tampoco sé lo que me digo. Fuera, fuera, alejémonos de aquí. La visita de esa casa me entristece, y me contamina, y me...

Iba á continuar, cuando asiéndome una mano por el cuello, creí que me agarraba una como tenaza viviente, para servirme de la espresion de Victor Hugo. Sorprendido con tal accidente, quise volver el rostro para ver quien se divertia á mi costa, y halléme cara á cara con un agente de seguridad, hermanito del otro con quien el dia anterior habia tenido la camorra que Vds. saben en la Puerta del Sol de Madrid.—Dése Vd. á prision, señorito, me dijo el agarrante, y hágame el favor de seguirme á donde yo le guie, antes que se reuna mas gente.—¡Y bien! contesté, ¿qué pecado he cometido yo para que merezca ser preso?—Eso Vd. lo sabrá, que no yo. Examine Vd. su conciencia, y vea Vd. lo que en ella le pica.

Mientras mediaban estas razones entre ambos, habíase arremolinado en torno nuestro cuanta gente habia en la plaza, y en ella distinguí la del corrillo que con tanta atencion y curiosidad acababa de examinarme al dejar la fuente de Diana.—Dicho y hecho, murmuré para mí: este diablo sabe sin duda que que he venido sin pasaporte; y como estoy sin casa ni lugar, ha dado en prenderme por vago. ¡Me he lucido con mi viage vive Dios!—No es posible, exclamó un chicuelo que me observaba con atencion, y á quien yo tengo especie de haber visto en Madrid vendiendo fósforos: ¿ese caballero ser eso que Vds. dicen? No tiene maldita la traza, y aquí debe de haber alguna equivocacion.—Y tan equivocados como están, dije yo, saliendo de mi atolondramiento: y sinó, que me digan el por qué de esta endemoniada aventura.—Examine su conciencia, repito, y en ella verá lo que hay.—Si no es por las palabras que estaba diciendo poco há, cuando me agarró por el cuello...—¿Y qué me importa á mí que hable Vd. bien ó mal de Godoy? El caso es mas serio, señorito; y si no parece el reloj, ya verá vd. á donde va.—¡El reloj, dice vd....! ¿Qué reloj?—El que anoche se dejó doña Aciscla olvidado en el sitio donde Vd. se introdujo tan guapo. ¿Le parece á Vd. que ignoramos sus mañas?—¡Jesucristo! exclamé horripilado: ¿qué tengo yo que ver con esa doña Aciscla, ni con el reloj que se le ha perdido?—¡Vaya, vaya! menos conversacion. Ya veremos el fin con que Vd. se quedó en el teatro. ¡Canario con el hombrecillo!

Yo echaba los bofes de cólera.—¿Será posible que mi mala suerte me llevase á dormir en el palco donde se perdió ese reloj? ¡Qué coincidencia, Dios mio! Y luego, aquel modo tan brúsco con que me escurrí del teatro! Aquí no hay tu tia, Miguel: te has hecho con razon sospechoso, y hasta que este negocio se aclare...

Así decia yo, caminando delante del agente con el gusto y el buen humor que mis lectores pueden inferir. La gente que por momentos crecia, continuaba mirándome alelada; y yo la miraba tambien y estaba tan absorto como ella. Dos ó tres veces quise alzar la mano para darme yo mismo de bofetones por mi maldita ocurrencia de haberme querido encerrar en aquel endiablado coliseo, y otras dos ó tres veces me contuve por no dar que reir al siempre tonto y casi siempre malicioso vulgo. Yo me hallaba tan fuera de mí, que ni via las calles por donde me conducian, ni el sitio en que ponia los pies. Despues de un paseo no corto, hízome entrar mi conductor en una casa, que á lo que luego advertí, no tenia traza de cárcel. Cerrada la puerta por aquel, quedóse la turba en la calle, cosa que agradecí en el alma, dado que lo que yo mas sentia era ser el hazme reir de los ociosos y desocupados.

Hablemos ahora claros, dije al agente, apenas me quedé en el zaguan de manos á boca con él. ¿Es esto formal ó se bromea Vd? Porque yo no llevo conmigo otro reloj, que el que Vd. vé (y saqué mi reloj y lo puse en sus manos); y por cierto que fué de un tio mio, y estoy muy dispuesto á probar que lo adquirí con justo título.—Ahora lo veremos, contestó el agente. Y alzando su voz estentórea... ¡Doña Aciscla! ¡Doña Aciscla! gritó.—¿Quién es? contestó una vieja: ¿qué significa este ruido y esas gentes que he visto en la calle?—Cosa muy sencilla, señora. He cogido al pájaro ya, y lo que es esta vez no se escapa.—¿Qué pájaro dice Vd.?—Pues! El de la broma de anoche... el que se quedó en el teatro... allí... donde Vd. se dejó...—¡Oiga! Lo dice Vd. por el reloj?—Como que lo traigo ya aquí y al autor de la hazaña con él.—¡Ay Jesus, qué barbaridad! —¿Qué dice Vd., señora?—Que yo creí que en efecto me lo habia dejado en el palco... Pero es el caso que no habia tales carneros, y que debe Vd. soltar á ese caballerito, porque el reloj lo tengo ya aquí, y yo no recordaba que anoche me lo habia pedido mi sobrina, y que yo se lo habia dejado... y como tengo esta cabeza:... así... tan...—¿Lo vé Vd? dije yo furibundo.—Pues entonces, señora, esclamó el agente, ¿por qué no pensaba mejor el paso que daba, antes de ponerme en ridículo?....—Y antes de hacer otro tanto conmigo, añadí yo.—Pero, señores, si yo tengo la cabeza, así, tan...—¡Que no te se lleven mil demonios! Abra Vd. esa puerta, señor mio, y salga Vd. conmigo tambien, y hágame el favor de proclamar en voz alta mi inculpabilidad y mi inocencia.

El agente me volvió mi reloj, pidiéndome antes mil perdones, y echando mil venablos por la boca contra la decrépita bruja que tan á costa de uno y otro se habia lindamente divertido. Oido el chiste por los de la calle, levantóse un murmullo y una silba que no habia mas que pedir. El agente se escurrió chispeando, y yo por mi parte procuré hacer lo mismo. El granujilla de quién he hablado antes acercóse entonces á mí, y lleno de efusion y de alegría, ¿no lo decia yo? dijo bailando; ¿no decia yo que un caballero como ese, un caballero que lleva la honradez pintada en la cara, no podia ser un bribon? Venga, venga un abrazo, señorito. Yo tambien he venido de Madrid, y tambien he escitado sospechas; pero los hombres de bien pueden llevar descubierto el rostro por todas partes, y lo demas importa un comino.

Esto diciendo, me estrujaba á abrazos, y parecia devorarme á besos, y hacia tales estremos y contorsiones, que no pude menos de enternecerme dándole un abrazo tambien. Habiendo conseguido desasirme del importuno rapaz, eché á andar por las calles apresurado, ansioso de evitar las miradas y la silba de la muchedumbre. Llegado á la plaza de toros, reflexioné de nuevo sobre mi situacion; y deseoso de evitar un nuevo percance si no trataba de pasar en regla la noche que á todo correr se acercaba, asaltóme al momento una idea que estrañé no me hubiera ocurrido en las cuarenta y ocho horas de mi permanencia en el pueblo. El único inconveniente que habia para tomar yo posada, consistia en no tener dinero y en la maldita casualidad de no haber hallado un solo conocido que pudiera sacarme del apuro, ó salir por mí fiador. ¿Pero qué importaba todo eso? ¿quién me impedia dirigirme á una fonda, y pagar el gasto que hiciese con la donacion de mi tio?

¡Oh que bárbaro he sido! esclamé: tengo un reloj que vale mil reales, y me estoy afligiendo como un bobo, cuando me sobra y basta con él para estar aquí veinte dias. Pero... Jesucristo! ¿qué es esto? ¿Dónde está mi reloj? ¿Quién me lo ha quitado de aquí, cuando no hace aun seis minutos... Nada! nada! ni siquiera el cordon. ¿Será que el vendedor de fósforos... No en vano me abrazaba y me... ¡Nada! Pero yo le juro y le... ¡Oh!!! Yo he de volverme loco en Aranjuez. Esto es una córte en pequeño; y está visto que la tal poblacion, por muy encantadora que sea, no es sino una escrescencia, un apéndice, un bonito arrabal de Madrid.

Ruris deliciis urbana adjecta voluptas.

(Se concluirá.)

Miguel Agustin Principe.

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS Y REVISTA TEATRAL Y LITERARIA.

Sin grande inconveniente pudiéramos suprimir la Revista de sucesos contemporáneos por esta semana, pues nada notable nos dicen los periódicos extranjeros, ni dentro de España llama la atencion novedad alguna.

Luis Felipe se ha trasladado con la real familia al palacio de Eu, despues de celebradas las fiestas de Julio, que han sido brillantes, aun cuando el tiempo ha sido vario: como siempre han formado parte de las diversiones fuegos artificiales, árboles de cucaña y pantomimas militares.

Continúa el duque de Nemours su expedicion por Francia, siendo muy obsequiado en todos los pueblos por donde transita. Hasta principios del mes de setiembre no pisará el territorio de España.

Soldado del regimiento de María Cristina.

Acaban de ser nombrados el hijo mediano del conde de Molina coronel, y el menor teniente coronel del rey de Cerdeña.

Ha fallecido en París el célebre escultor baron de Bosio, que ha enriquecido con sus obras insignes monumentos de Francia, brillando sus esculturas en casi todas las exposiciones desde 1810 hasta 1845. Este famoso artista se ha dormido en brazos de la muerte, sin preceder grave enfermedad, ni aun dolencia leve. Habia nacido el año de 1769, año fecundo en notabilidades, pues dió vida á Napoleon, Chateaubriand, duque de Wellington, mariscal Soult y Walter Scott.

S. M. la reina doña Isabel II, permanece en San Sebastian y recorre algunos pueblos de la provincia de Guipúzcoa: ahora debe dirigirse á Bilbao, regresando despues á Pamplona, donde tendrá lugar la visita del duque de Nemours á la familia real de España. Se hacen grandes preparativos para este acto solemne, y de Madrid debe salir un convoy con la vajilla de palacio, caballos de montar, coches, etc., á fin de hacer un recibimiento espléndido al príncipe de la nacion vecina y su futuro regente. Se anuncia que en Pamplona habrá un concierto, en que cantará la señora Emilia Tossi, Salas y Tamberlick.

Despues de un tiempo bastante vario, en que han reinado alternativamente refrigerantes auras, vientos densos y sofocantes, como el simoun del desierto, y calmas tibias y abrumadoras, si bien pasageras, parece haberse fijado al fin el verano, desde principios de agosto. Son muchas las personas que se trasladan en estos dias á los reales sitios de San Lorenzo y de San Ildefonso. En este último punto correrán las fuentes el dia de San Luis, rey de Francia.

De novedades teatrales nada podremos decir ahora, pues la representacion de *Adelia*, ópera de Donizzetti, en que debia verificar su primera salida la señora Albertini, todavía no se ha ejecutado.

En cambio podemos anunciar alguna novedad para la próxima temporada. El señor Basili está escribiendo una ópera de música española: el libreto será del señor Vega, y el *Diablo predicador* el asunto hábilmente elegido para este nuevo ensayo, que, segun todas las probabilidades, promete resultados felices.

Se han instalado las secciones del Liceo el domingo 3 de agosto, nombrando presidentes, secretarios, consiliarios é individuos de la junta delegada. Reunidas despues en el salon amarillo dichas secciones de literatura, declamacion, música y artes, oyeron con particular gusto, é interrumpieron varias veces con inequívocas muestras de aprobacion, un brillante discurso leido por el primer consiliario del Liceo señor don Patricio de la Escosura. En otro lugar insertamos este discurso; sus escelentes doctrinas han de hallar eco en cuantos anhelan el lustre de las letras y artes españolas, cuya prosperidad y decadencia ha trazado con tanto acierto el señor Escosura.

La seccion de literatura ha acordado reunirse todos los domingos, á fin de ocuparse con toda asiduidad de la publicacion de nuestro rico teatro del siglo XVII. Aun es asunto de debate si se habrá de empezar por Lope de Vega, Rojas ó Moreto.

Como anunciamos en nuestra anterior revista, han sido puestos en libertad los señores Corradi y Perez Calvo, donde les han prodigado obsequios sin tasa. Debieron salir de allí el martes último con direccion á Sevilla, donde solo pensaban detenerse el tiempo necesario para mostrar su agradecimiento á las muchas personas que les brindaban consuelos con solicitud afectuosa, cuando marchaban á Cádiz víctimas de un atropello, y sin saber cuál seria su destino; de un dia á otro deben regresar á esta córte.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.

Calle de Carretas, números 8 y 35.

Alegoría del mes de Junio. (1)

(1) En la alegoría correspondiente al número anterior, se puso involuntariamente que pertenecia al mes de Julio, debiendo entenderse que es la del mes de Mayo.